

Imagen 1.- Gumías árabes.

El paso del Estrecho: las fuentes

Enrique Gozalves Cravioto

Introducción

Ante el episodio del año 711 los historiadores se encuentran con una inmensa paradoja.

Acostumbrados para las Edades Antigua y Medieval a trabajar con un número muy limitado de documentos, respecto al hecho histórico que nos ocupa, el problema no es precisamente ese, sino más bien el contrario: el de la hiper-inflación de crónicas.

Episodio histórico e historiografía

Ello fue así en principio por la enorme trascendencia histórica que el episodio tuvo en la Historia, por el hecho de que acabara con un mundo, el de los visigodos en Spania, y diera inicio a un proceso histórico de muy largo alcance en el mundo occidental. De forma independiente a cómo lo vivieran los contemporáneos de los hechos, sí podemos deducir cómo lo observaron en momentos posteriores. Así pues, el inicio de la conquista musulmana de España significó con el tiempo para unos una épica gloriosa, la de la incorporación de Al-Andalus a “dar al-Islam”, y para otros el amargo trago de una derrota y retroceso, un desastre visto por el clérigo autor de la Crónica Mozárabe como una de las mayores tragedias, comparable a las sufridas por Babilonia o por Jerusalén. La discusión del concepto de Reconquista no puede llevar a negar la dinámica conquistadora del Imperio Omeya, que había extendido ya su dominio por todo el Norte de África. Por esta

razón, cuando en un lado y en otro de la frontera desarrollaron la narración e interpretación de lo que había pasado lo hicieron desde mentalidades diferentes.

Así para los cristianos lo que realmente tuvo importancia es que el mundo godo se había venido abajo en la Península, y desde siempre fueron proclives a explicar este hecho a partir de la existencia de una traición en las propias filas. Así primero recurrirán a la actuación de los hijos de Witiza, que habrían conspirado abiertamente a favor de los árabes, quizás sin pretender el resultado final alcanzado. Más adelante tomarán de la historiografía árabe el trágico episodio del Conde Julián, personaje de todo un drama, de enorme potencia literaria como muestra el Romancero, y que explicaría el propio tránsito del Estrecho. Pero por la parte islámica lo más destacable es que se va a producir una proliferación de relatos, copiados unos de otros, alterados con la introducción de elementos, de cuya realidad concreta tenemos muy escasas garantías. Así pues, no son pocas sino excesivas las fuentes medievales, pero por su propio carácter de fuentes secundarias, rehechas según el estilo medieval (por ejemplo, en el proceso de intenciones y diálogos de Rodrigo, Julián, Musa ibn Nusair o Taric ibn Ziyad), resulta problemático concretar historia y literatura.

Este es el problema ante el que la historiografía moderna se ha enfrentado a la hora de analizar el paso del Estrecho. Los mitos que rodeaban al personaje de Julián, y a la propia tragedia de Rodrigo, ocasionaron ya el escepticismo de José Antonio Conde, en su Historia de la dominación de los árabes en

España (1820). Poco más tarde, Reynhart Dozy escribía su *Histoire des Musulmans d'Espagne, jusqu'à la conquête de l'Andalousie par les Almoravides, 711-1110* (1861), en la que intentaba poner orden en los testimonios, concluyendo que el Conde Julián había sido el último gobernador (exarce) bizantino de Ceuta, y que favoreció el paso de las tropas beréberes en sus barcos desde la plaza africana a Gibraltar.

La historiografía española, a grandes rasgos, ha seguido la misma visión con algunas variantes. Podemos mencionar al respecto la *Historia de la invasión de los árabes en España* (1892) de Eduardo de Saavedra, escrita sobre todo a partir de las fuentes árabes y deudora de Dozy, y también sobre las fuentes cristianas analizadas en *El rey Rodrigo en la literatura* (1924) de Ramón Menéndez Pidal.

Las tropas que pasaron el Estrecho fueron básicamente infantes

Después realizó un análisis muy completo, repleto de erudición, Claudio Sánchez Albornoz, en el volumen segundo de sus *En torno al feudalismo, dedicado a Fuentes para la historia hispano-musulmana del siglo VIII* (1942), que completó en el análisis de un artículo publicado en los *Cuadernos de Historia de España* (1948), titulado "Itinerario de la conquista de España por los árabes", que consideró innegables los hechos: existencia del Conde Julián, el paso del Estrecho por parte de las tropas en sus barcos, desde su plaza de Ceuta a Gibraltar. Pero sobre todo Sánchez-Albornoz ya aclaraba un aspecto peculiar: las tropas que pasaron el Estrecho fueron básicamente infantes, e infantería sería lo que los beréberes-árabes confrontaron a jinetes (muy escasos) e infantes visigodos en la batalla de La Janda.

Una visión que, por su carácter completo, con pequeñas variantes (nada exentas de interés, por cierto), nos han inspirado a todos los historiadores, que siguiendo todo el planteamiento derivado de las fuentes, hemos aceptado con matices las grandes ideas acerca del paso del Estrecho y la invasión islámica. Todo ello con

la excepción de la aportación de Joaquín Vallvé, cuyas *Nuevas ideas sobre la conquista árabe de España* (1989), trastoca todo el panorama de los hechos, con una reinterpretación a partir de fuentes secundarias y tardías en muchos casos, pero que afecta al fondo del tema que nos ocupa, pues el desembarco musulmán no se habría producido en el Campo de Gibraltar sino en Cartagena. La contestación a este tipo de planteamientos fue realizada por el citado Sánchez Albornoz, en sus *Estudios polémicos* (1979), si bien más adelante el propio Vallvé volvió sobre la cuestión.

Las fuentes más antiguas

Ante los aditamentos de una cuestión, rellena de elementos legendarios así como de versiones, nuestro juicio como historiadores es indicar la necesidad de una crítica textual, que priorice unas fuentes sobre las otras. Es cierto que, dadas las contradictorias visiones, este juicio no puede ser aceptado por todos, con lo que entra en discusión el criterio utilizado para priorizar. Más allá de que para realizar un estudio exhaustivo se precisen más factores, a nuestro juicio el criterio fundamental a utilizar debe de ser el de la antigüedad de los testimonios.

El más antiguo de todos ellos es el de la *Crónica Mozárabe del 754*, elaborada por un cristiano cordobés con inmediata anterioridad a la proclamación del primer Omeya independiente en Al-Andalus. El autor indica muy de pasada que Musa ibn Nusair había enviado a Taric al frente de unos moros que hacían incursiones por el territorio, "[...] *cum Mauros a Muze missos, id est Taric Abuzara et ceteros, diu sibi*

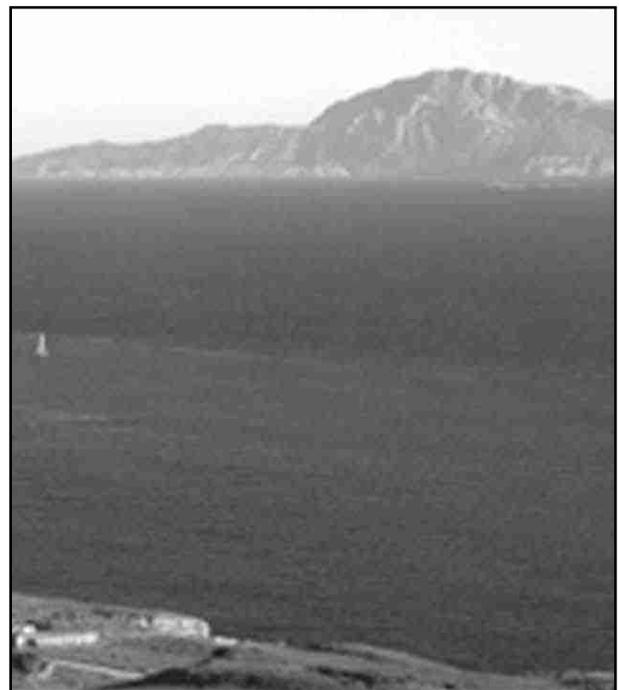


Imagen 2.- Las aguas del Estrecho, escenario del paso árabo-bereber.

provinciam creditam incursantibus sumulque et plerasque civitates devastantibus [...]”; esta única alusión al paso de Taric se complementa con la referencia de que el rey Rodrigo marchó a los Transductinis promonturiis para luchar con ellos, pero cayó en la batalla debido al abandono de su ejército.

Algunas indicaciones más encontramos en referencia al paso de Musa ibn Nusair, cuando indica que en esa época devastaban Spania los expedicionarios, y Musa atravesó “*per Gaditanum fretum columnas Herculis pertendentes*”, y alude a continuación que la entrada del puerto (o del paso) se la sugería *claves in manu*. Nos hallamos ante un pasaje de difícil interpretación, pero que estaría referido a la llave en la mano del “ídolo” o estatua humana que remataba un monumento turriforme de Cádiz de época romana, la llamada “torre de Hércules”, y cuya descripción recogen diversos geógrafos árabes medievales.

En cualquier caso, dos aspectos se deducen de esta observación a la fuente más antigua: prácticamente no hay acotaciones a las circunstancias del paso del Estrecho por parte de los árabes, y guarda un estricto silencio acerca de las características de los ejércitos en disputa. Así pues, no puede hablarse del problema de la presencia de la caballería entre visigodos o musulmanes. En la misma línea de escasos datos, con un carácter muy genérico, el paso del Estrecho es mencionado hacia el año 790 por parte del historiador franco Paulo Diacono, en su *Historia Langobardorum*: “*[...] eo tempore gens Sarracenorum in loco qui Septem dicitur ex Africa transfretantes universam Spaniam invarerunt [...]*”. Pocos datos en referencia a la “invasión” de “toda España” por los “sarracenos”, señalando que se produjo a partir del paso del Estrecho (transfretantes) desde el lugar que se llama Septem, por tanto, desde Ceuta.

Entre las innumerables fuentes sobre la conquista islámica de España, y el paso del Estrecho, reproducimos inicialmente un testimonio recogido por Ibn Idari, que lo copia de un historiador egipcio de finales del siglo VIII, llamado al-Waquidi:

“(El Califa) nombró a Musa ibn Nusair gobernador de Ifriquiyya (África), y a su vez Musa nombró para gobernar la zona de Tánger a Taric. Éste se convirtió en vecino de Iulian (Conde Julián) debido a su proximidad a “la isla Verde”, y se puso en contacto con él. Ambos llegaron a un acuerdo e Iulian se comprometió con hacer que él y sus tropas entraran en España. Taric, que tenía un ejército de 12.000 beréberes, se decidió a realizar esta expedición después de recibir el permiso de Ibn Nusair. Para transportar estas tropas Iulian empleó los barcos que practicaban el cabotaje entre ambas costas, de

tal forma que se creyó que se transformaban en comerciantes. Todos estos soldados fueron así introducidos poco a poco, y Taric, acompañado de su entorno, pasó con el último destacamento [...]

Hemos recogido este texto por cuanto el mismo es de una gran antigüedad, de tal forma que, aunque no pueda considerarse contemporáneo de los hechos, sí reproduce la versión árabe más antigua. En la misma ya encontramos algunos hechos que van a introducirse en la tradición historiográfica: el personaje de Julián, su pacto con los árabes para la travesía del Estrecho, un numeroso ejército (cifrado en 12.000 elementos) en el que la inmensa mayoría eran bereberes, paso en pequeños barcos que realizaban cabotaje entre ambas costas (comerciantes y pesqueros), viajes repetidos de esas pequeñas embarcaciones.

En el siglo IX tenemos otros escasos testimonios árabes sobre el episodio de la conquista. Hacia el año 848 escribirá el persa Ibn Jurdadbih su obra geográfica dedicada a la mención de los reinos y los caminos. Sus datos son muy esquemáticos, pero resulta muy significativo que al tratar de Ceuta, hablando en pasado (como reflejó en su traducción Guillermo Gozalbes Busto), afirmaba que en la ciudad en el pasado había reinado Julián. Su cita tan antigua, y el propio hecho de que no precisara de mayor aclaración, indica que Julián era bien conocido e identificado en el mundo árabe de la primera mitad del siglo IX.

También para el siglo IX debemos citar la obra de Ibn Habib, un granadino pero que aprendió sus datos en Oriente. Su relato está repleto de magia: “*Muza llegó a la costa argelina (Tremecén) y ordenó capturar algún barco cristiano; un viejo prisionero fue interrogado y éste realizó una descripción de quien realizaría la conquista de al-Andalus [...]*”. La orden de Muza, con la descripción de la persona, coincidía con Taric, que llegó a un monte donde concentró sus tropas. Parece evidente que el monte en cuestión debe tratarse de Gibraltar. En todo caso, quizás lo más importante del relato de Ibn Habib es que ofrece las cifras de 1700, para los que rodeaban a Taric, y de 12000 los bereberes que finalmente pasaron a al-Andalus.

Fuentes posteriores

En el siglo X la información sobre el paso del Estrecho y la conquista árabe de al-Andalus se convierte en canónica, y en buena parte lo va a hacer en función de las necesidades políticas del Estado Omeya de Córdoba (convertido en Califato). En ello tendrá gran importancia, sin duda, la magna obra histórica del cordobés al-Razi, y sobre todo de Ibn Hayyan. Así en la visión de los hechos del segundo, recogida de forma casi textual por al-Maqqari (autor magrebí

del siglo XVII), se menciona ya la expedición previa de Tarif contra Tarifa (se precisa que con 400 infantes y 100 de caballería), la instigación de Julián para la invasión y paso del Estrecho, pero a continuación se ofrecen dos versiones:

a) Sobre el ejército invasor, en un caso compuesto por 7.000 efectivos, de los que la mayoría eran beréberes y libertos, en el otro, compuesto por 12.000 de los que prácticamente todos eran beréberes.

b) El paso en cuatro barcos, mientras en la segunda versión se indica que eran de mercaderes.

c) El desembarco en Gibraltar en el mes de agosto de 711, mientras en la segunda versión fue en abril.

d) El paso constante de ida y vuelta de los mismos barcos hasta completar la totalidad de las tropas.

e) Se aclara que después del desembarco Tariq había reclamado a Muza más tropas, por lo que le envió 5.000 soldados suplementarios, hasta constituir un total de 12.000 los invasores. En el mismo siglo X otro autor andalusí, Ibn al-Qutiyya (“el hijo de la Goda”) escribió otra Historia en la que incluye los episodios de la conquista. Como bien ha indicado Gabriel Martínez-Gros el relato tiene sus propios fundamentos, como son los de reflejar los méritos y servicios de la familia respecto a la dinastía Omeya. Así el mérito principal habría estado en la “traición” de los hijos de Witiza, mientras Julián queda reducido a la categoría de un comerciante cristiano, que solía llevar caballos y halcones desde Tánger.

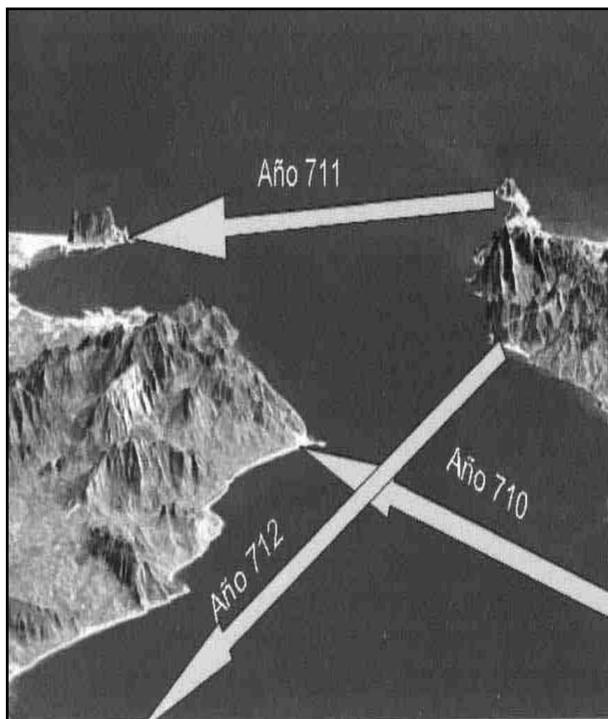


Imagen 3.- Representación gráfica de las fechas y trayectos de las distintas incursiones magrebíes.

Finalmente, en el siglo XI el Ajbar Machmúa recoge ya de forma definitiva la versión más reiterada con el tiempo, que incluye naturalmente el episodio literario de las relaciones del rey Rodrigo con la hija de Julián, la venganza de Julián, el más lógico episodio de la incursión previa contra Tarifa, así como el mandato de Muza a Tariq para que fuese a Al-Andalus con 7.000 musulmanes, que en su mayoría bereberes y libertos, ya que eran escasísimos los árabes, y pasó en el año 92 en los cuatro barcos mencionados, que eran los únicos disponibles, los cuáles fueron y vinieron con la infantería y la caballería que se iban reuniendo en un monte muy fuerte.... Muza le mandó 5.000 hombres, de forma que el ejército de Tariq llegaba hasta los 12.000 componentes.

Nos parece inútil continuar con la recopilación de las fuentes árabes posteriores y que añaden datos circunstanciales. Incluso en ocasiones refieren los hechos de una forma más lógica y explicada, pero ello corresponde no a una realidad básica, a datos que estuvieran en su fundamento documental, sino a la recreación o actualización por parte de los escritores. A nuestro juicio, desde el siglo XI no tenemos ya fuentes de documentación, sino puramente “historiografía”. Ello incluye también a Ibn Idari, un autor magrebí del siglo XIV, y cuya aportación recoge una pluralidad de testimonios, que llevó a Sánchez- Albornoz a considerarla un auténtico “cementerio de crónicas”.

Fuentes cristianas

En el campo cristiano, haciendo abstracción de la Crónica Mozárabe de 754, de la que ya hemos tratado, así como de la débil referencia franca, las fuentes cristianas prácticamente dan un salto hasta los siglos IX y X, con la cronística del Reino de Asturias. Así en la Crónica Albeldense, fechada por ella misma en 883, lo único que se indica es que los musulmanes llamados por la traición, ocuparon Hispania, apoderándose de la monarquía de los godos, una parte de la cual la dominan tenazmente, aunque los cristianos les hacen la guerra de una forma constante, de día y de noche.

Como puede verse, lo único de lo que se habla es de la traición, sin concretar la misma. En cualquier caso, tres décadas más adelante ya la Crónica de Alfonso III aclara la traición referida al señalar que al tercer año de reinado de Rodrigo, por causa del engaño de los hijos de Witiza, los sarracenos invadieron Hispania; menciona a continuación que Rodrigo marchó a la guerra con su ejército, pero atrapado por la traición de los witizanos, los guerreros abandonaron la batalla.

Como puede observarse, las crónicas hispano-cristianas de los siglos IX y X están en

una línea determinada: desconocen los detalles, ignoran la existencia del personaje de Don Julián, y atribuyen el episodio de la derrota a una traición, protagonizada por los hijos del rey Witiza. Pero ya en el siglo XI la *Chronica Gotorum Pseudo-Isidoriana* presenta novedades importantes. Ya en ella, por vez primera entre los cristianos, aparece el personaje de Don Julián, como Comite Tingitana, y ya se recoge el episodio del ultraje de Rodrigo con su hija, la venganza del dramático personaje, el ofrecimiento de paso del Estrecho; de esta forma, se indica en el texto: *ad insulam Tarif cum Iuliano veniens inter Malacam et Leptam ascendit in montem, qui usque hodie mons Tarech*. La crónica *Pseudo-Isidoriana* constituyó la elaboración de un

Finalmente, la Crónica Silense, del siglo XII, finaliza por enriquecer los datos

mozárabe, que integró los datos que estaban presentes desde hacía mucho tiempo en los escritos andalusíes.

Finalmente, la *Crónica Silense*, del siglo XII, finaliza por enriquecer los datos, pero todos ellos ya tomados del impacto de las crónicas andalusíes de los siglos X y XI. En este caso atribuye la agresión inicial a Rodrigo, que expulsó de Yspaniis de una forma infamante a los hijos de Witiza, que se coaligaron con Julián (*Tingitanam provintiam transfretantes, Iuliano comitti*) y éste fue quien se encargó de *Mauros introduciendo, et sibi et totius Ispanie regno perditum*. Pero habla simplemente de que Rodrigo, cuando se enteró de la invasión, llevó su ejército, y después de un combate de siete días, en el que los visigodos inicialmente ganaban, se encontró con la derrota, la desbandada y el hundimiento de su reino.

La destilación del historiador

A partir de todo lo recogido el historiador debe actuar y tomar partido, destilando de forma adecuada la información. Por esta razón debemos escapar de considerar las versiones conocidas como definitivas. Podemos deambular entre los dos extremos, la de aquellos que han aceptado las descripciones de los hechos tal cual, así como la de aquellos que han impugnado las fuentes; entre estos últimos Ignacio Olagüe consideró

que los árabes “jamás invadieron España” (se produjo una paulatina conversión al Islam como sucesión natural del Arrianismo), o el citado Joaquín Vallvé, quien creyó que la invasión no se produjo a través del Estrecho propiamente dicho, sino a partir de otros lugares diferentes (Cádiz o Cartagena). No parece lógico, ni siquiera “serio” según la gran mayoría de los historiadores, establecer una especie de “conspiración” general de las fuentes documentales para despistar o engañar.

La expedición previa contra Tarifa, en el año 710, entra más en los datos de la lógica que de la seguridad documental. La existencia de una avanzada, anterior al envío definitivo, es coherente con el proceso de invasión de un “finisterre” absolutamente desconocido. Pero en lo que respecta a la documentación puede considerarse (interpretación) que alude a ella de forma harto confusa la *Crónica Mozárabe* de 754, pero es silenciada por las fuentes árabes (orientales) más antiguas. La incorporación de la expedición de Tarifa al relato del paso del Estrecho y la invasión se produce desde el escrito de Arib, con toda la historiografía andalusí del siglo X.

El personaje de Julián (*comes Iulianus*) ha sido discutido en su realidad histórica. Sin embargo, cosas distintas son la existencia del personaje en sí mismo, y su papel político más o menos discutible, y la discutible realidad de su imagen literaria. Dejando como legendaria la historieta de las relaciones de Rodrigo, lo cierto es que hay bastantes datos que prueban la historicidad de Julián como gobernante de Septem (Ceuta). La realidad histórica del personaje viene probada por la existencia de sus descendientes en Córdoba, las alusiones a él por parte de geógrafos (*Ibn Jurdabih, al-Bakri*), y también de crónicas bastante antiguas. Ceuta como lugar de paso es plenamente coherente con su existencia, y el paso desde la ciudad lo tenemos mencionado ya en el siglo VIII por parte de Paulo Diácono. Problema diferente es el de su propia adscripción como bizantino, godo, autóctono ceutí cristiano o beréber, si bien parece claro (aunque no seguro) que aceptaba la autoridad del rey visigodo.

En lo que respecta a los barcos de transporte, las fuentes más antiguas son bastante determinantes al respecto: se trataba sólo de cuatro barcos, de dimensiones no muy grandes, por lo que tuvieron que realizarse viajes constantes. Todos los datos indican que para el paso era imprescindible la colaboración de Ceuta, lo que certifica el que los barcos únicos disponibles tenían su base en este puerto. Estos datos seguros abren una incógnita menos resuelta, a saber, si los barcos correspondían realmente a los dromones de la base naval bizantina (todavía

existente en el siglo VII con seguridad), o eran barcos comerciales (sin la imposibilidad de que fueran las dos cosas al tiempo). En cualquier caso, los datos históricos reflejan que prácticamente era imprescindible la participación de Ceuta en el paso del Estrecho.

Las tropas embarcadas en Ceuta fueron desembarcadas y concentradas en Gibraltar (el Yebal Tariq o monte de Tariq). Con toda probabilidad el propio hecho del desembarco venía motivado por las condiciones defensivas del lugar, fácil para el ocultamiento, a resguardo de ataques exteriores pues en aquel tiempo todavía constituía una especie de isla, unida a tierra firme por un puente o trozo de tierra muchísimo más angosto que en la actualidad.

Las fuentes más antiguas insisten en el hecho de que estas tropas estaban compuestas por un total de 7.000 efectivos. Aunque resulte puramente especulativo, ello significa que si cada barco trasladaba 100 guerreros tuvieron que producirse unos 13 viajes de ida de cada uno de ellos en dirección Ceuta-Gibraltar, lo que significa que el transporte se realizó en un mínimo de 15 días. Se haga la relación que se quiera de cifras, los datos indican que el traslado pudo efectuarse no empleando en ningún caso más de un mes.

Las tropas trasladadas eran en su inmensa mayoría beréberes. Y este propio hecho aclara el propio problema de la caballería, puesto que en el siglo VII los bereberes apenas disponían de caballos (otra cosa eran los camellos). Los caballos eran reducidos sólo a los escasísimos mandos árabes, y la alusión al traslado de caballos (por ejemplo, en el episodio de Tarifa se cifran en 100) es muy tardía y exagerada. Sánchez-Albornoz, con muchos fundamentos, reflejó la conclusión de que la conquista de al-Andalus no se efectuó por parte de caballería, sino por el contrario, por parte de un ejército de infantes. Los propios relatos de la crónicas árabes, sobre la batalla de La Janda, así como sobre otros episodios, permiten concluir que la inmensa mayor parte de los combatientes (por ambas partes) eran infantes, por lo que la caballería no jugaba absolutamente ningún papel militar.

No fue el de abril o agosto de 711 (la fecha es discutible), después del paso previo del 710 hacia Tarifa, el único traslado de tropas. En momentos cercanos, y ante la perspectiva de la batalla de La Janda, Tariq pidió a Muza nuevos efectivos. Su jefe le correspondió con el envío de otros 5.000 soldados, de nuevo la inmensa mayoría de ellos beréberes. Y al año siguiente, en el 712, el propio Muza decidió pasar a Al-Andalus, aunque en este caso aparentemente se embarcó no en Ceuta sino en Marsa Musa (en la costa del Estrecho, al Oeste), y desembarcó en Cádiz, como indica la mención de la estatua característica de esa ciudad.

Bibliografía

- Tradicional

DOZY, R. : *Histoire des musulmans d'Espagne jusqu'à la conquête de l'Andalousie par les Almoravides* (711-1110), Leyden (1861)

SAAVEDRA, E. : *Estudio sobre la invasión de los árabes en España*, Madrid. (1892)

LEVI-PROVENÇAL, E. : España musulmana hasta la caída del Califato Omeya de Córdoba, en

MENÉNDEZ PIDAL, R.: *Historia de España. IV*, Madrid. (1957)

SÁNCHEZ-ALBORNOZ, C. : *En torno a los orígenes del feudalismo*, Mendoza (2ª ed., Buenos Aires, 1977) (1942)

SÁNCHEZ-ALBORNOZ, C. : *Estudios polémicos*, Madrid. (1979) - Visiones heterodoxas.

OLAGÚE, I. *Les Arabes n'ont jamais envahi l'Espagne*, París (traducción ampliada en *La revolución islámica en Occidente*, Barcelona, 1974). (1969)

VALLVÉ, J. : *Nuevas ideas sobre la conquista árabe de España. Toponimia y onomástica*, Madrid. (1989) - Estudios más recientes

COLLINS, R. : *La conquista árabe*, , Barcelona. (1991) pp. 710-797

CHALMETA, P. : *Invasión e islamización: la sumisión de Hispania y la formación de al-Andalus*, Madrid. (1994)

MARTÍNEZ-GROS, G. : "Le passage du détroit dans les récits de la conquête arabe de l'Espagne «, en *Les assises du pouvoir : temps médiévaux, territoires africains*, Saint Denis, (1994) pp. 19-30.

MANZANO MORENO, E. : *Conquistadores, Emires y Califas. Los Omeyas y la formación de al-Andalus*, Barcelona.(2006)

BENEROSO, J. : "Acerca de la entrada de los arabeberéberes en la península ibérica en el año 711: hipótesis, ucronía y realidad histórica", *Almoraima*, **36**, (2006) pp. 129-137.

SEGURA, W. : "Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales", *Al-Qantir*, **10**. (2010)

GOZALBES, E. : "El Comes Iulianus (Conde Julián de Ceuta), entre la historia y la literatura", *Al-Qantir*, **11** (2011) pp. 3-35.

SEGURA, W. : "El comienzo de la conquista musulmana de España", *Al-Qantir*, **11**, (2011) pp. 92-135.